

EL CIERVO

Cómo escojo el tiempo narrativo de mis novelas

Author(s): ANTÓN CASTRO, JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, ANTEL LERTXUNDI, JUSTO NAVARRO and VALENTÍ PUIG

Source: *El Ciervo*, Año 50, No. 607 (octubre 2001), pp. 33-36

Published by: [Ciervo 96, S.A.](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/40830039>

Accessed: 17-02-2016 03:24 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Ciervo 96, S.A. is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *El Ciervo*.

<http://www.jstor.org>

LA COCINA LITERARIA

Cómo escojo el tiempo narrativo de mis novelas

El tiempo narrativo es uno de los asuntos más peliagudos de la novela contemporánea. Cómo hacer pasar el tiempo o cómo no hacerlo pasar, o cómo situar la ficción en una época o en ninguna. Problemas que necesitan soluciones literarias.

Antón Castro, José Jiménez Lozano, Anjel Lertxundi, Justo Navarro y Valentí Puig nos cuentan las suyas.

ANTÓN
CASTRO

“Prefiero que mis narraciones sucedan en el pasado, pero no más allá de un siglo hacia atrás”

Casi todos mis textos ocurren en el pasado. Incluso aquellos que suceden en el presente, porque están inscritos en una atmósfera lejana y envolvente que los aleja y los coloca como en lontananza, en el abanico del tiempo, en lo alto de una colina o en el fondo de un bosque tras una cortina de niebla. Mi relación con el tiempo es más que nada intuitiva. García Márquez explicaba que leyendo *Mrs. Dalloway* de Virginia Woolf descubrió otra dimensión del tiempo, que podía desplegarse y replegarse, abrirse y cerrarse como un paraguas. O un abanico.

Yo prefiero que mis narraciones sucedan en el pasado, no más allá de un siglo hacia atrás, pero siempre sé en qué momento transcurre la acción, cómo visten los personajes, qué ocurría entonces. Aún así, hay un lapso en que me olvido de esa realidad en la que me he basado y construyo una ficción intemporal, con aureola mítica, escurridiza. Me encanta esa definición que dice que “el mito es contar las cosas de una vez para siempre”. El escritor se pasa media vida intentando contar las cosas de una vez para siempre, no mejor o peor que los demás, sino a su modo y para sí mismo como punto de partida: con vocación de perennidad y como un exorcismo. Quizá por ello, el tiempo que más me interesa es

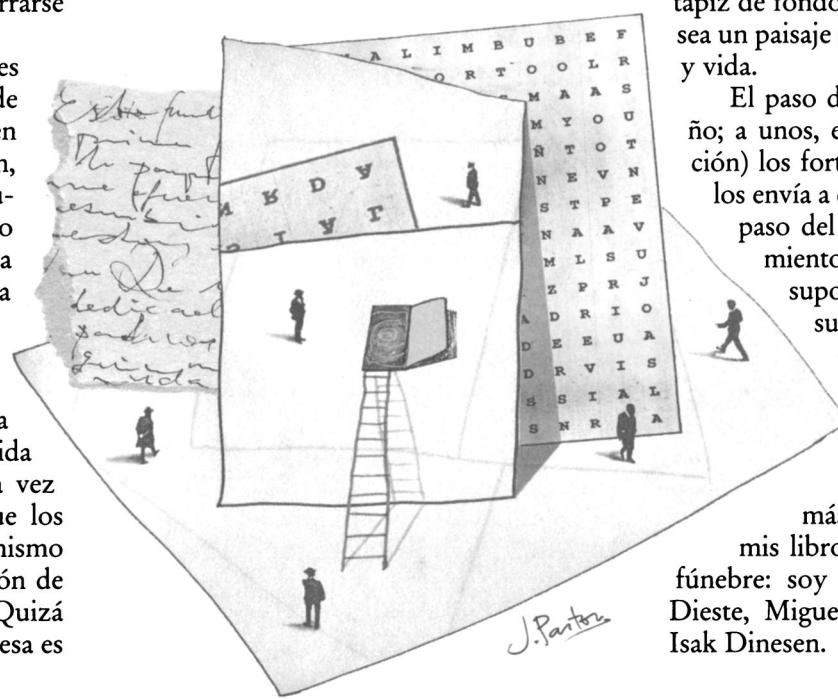
el de los narradores orales, que suelen ser exactos en el dato, en la atmósfera o en la sorpresa final, pero difuminan la época: la emborronan de magia y de intemporalidad. Son charlatanes de consejos eternos capaces de suspender la realidad fuera del tiempo en que se oyen sus historias.

A mí me inspira el pretérito. Un pretérito reciente que haya oido en algún instante, que haya paladeado. Me encantan los hechos que se remontan a mi infancia –cuando soñaba con ballenas en el mar, veía delfines al atardecer, oía la canción de los mendigos y me quedaba maravillado con los fotógrafos ambulantes como Seara de Castro o Patricio Julve, que ya es un retratista real que me persigue–, porque es una época lo suficientemente indecisa para mí que me permite o me invita a reinventarla.

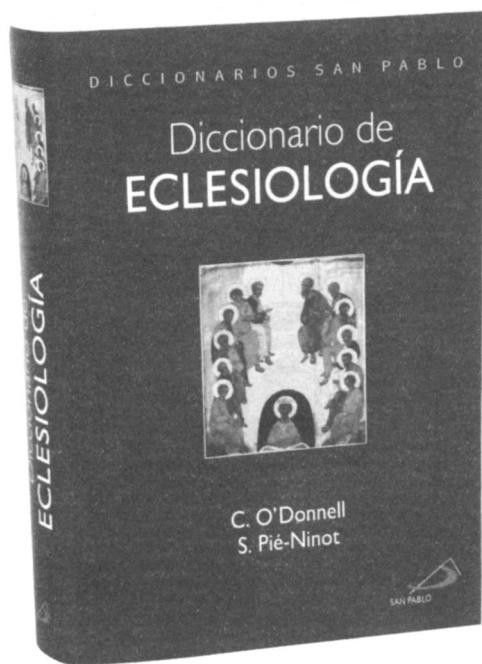
La miras no sabes si con melancolía o con impresión de pérdida, y ahora revivo pasiones fugaces, amistades, crímenes o sucesos de mi pequeña comunidad (Baladouro: mi Arteixo natal; La Iglesuela del Cid y Cantavieja: las ciudades del Maestrazgo de mis libros) con una nitidez muy superior a la de la época en que ocurrían y se me iban de las manos como agua que fluye. Son los recuerdos inventados, los recuerdos de otra persona, y cito a Vila-Matas y Soledad Puértolas. Pero también me atrae mucho lo que aconteció ayer, crear una aureola, distanciarme y contarlo como si hubiera pasado hace siglos. Es la distorsión de la memoria. Soy un escritor de segunda o de tercera división en el cual es tan importante cómo se cuenta como lo que se cuenta, como ese tapiz de fondo que exige que cada página sea un paisaje con sabor, textura, temblor, y vida.

El paso del tiempo supone desengaño; a unos, esa experiencia (esa convicción) los fortalece; a otros, los reduce y los envía a convivir con la añoranza. El paso del tiempo me produce abatimiento, un cansancio infinito, y supongo que es eso lo que les suministro a mis personajes, que van y vienen por el mundo con la misma perplexidad que yo uso.

Bueno, creo que me ha salido un texto más triste que cualquiera de mis libros. En realidad, no soy tan fúnebre: soy gallego y creo en Rafael Dieste, Miguel Torga, Anton Chéjov e Isak Dinesen. □



Última NOVEDAD



Diccionario de Eclesiología

Christopher O'Donnell
y
Salvador Pié-Ninot

Una obra multidisciplinar
sobre la Iglesia, su historia,
sus protagonistas y doctrina

1.168 págs. 9.995 ptas.



JOSÉ
JIMÉNEZ LOZANO

“Por decirlo así, no tengo cocina, ni olla, ni nada que revolver”

El doctor Freud renunció a entender cómo se cocían las cosas en lo que con excesivas pretensiones, —un poco demiúrgicas, ésta es la verdad— llamamos creación literaria; y no porque creyera en númenes inspiradores naturalmente, sino porque meter la cuchara ahí le pareció que no llevaba a nada. Yo no lo sé, pero lo que sí sé es que no sabría ni dónde meter la cuchara. Por decirlo así, no tengo cocina, ni olla, ni nada que revolver.

Ya he contado que no elijo ni mis historias ni mis personajes. Un día éstos se presentan allá dentro de mí, y veo rostros y oigo algunas cosas; pero así se pueden pasar años enteros hasta que no sé exactamente por qué otro día me pongo a escribir, y eso significa volver a ver y a escuchar. Cuando acabo, eso queda ahí por bastante tiempo, y cuando vuelvo a ello, vuelvo también a ver y a escuchar. Y siempre son tachaduras, y circuncisiones o cortes, escasísimos añadidos. Ninguno sustancial. Si la historia no es convincente para mí, la arrojo a la basura y en paz. Pero no me hago más problemas, y no sé lo que hay que hacer para que resulte esto o lo otro. Bastantes problemas tengo con todo eso que he apuntado, y con el lenguaje, naturalmente. Es todo lo que puedo decir. La cocina es utilizada por los personajes y el escribidor para la charleta; es una vieja cocina de lumbre baja y sólo se enciende para estar al amor de ella. □

ANJEL
LERTXUNDI

“La tragedia que la literatura moderna quiere contar es la del ser humano que, harto de héroes, sólo desea ser mortal”

Aunque la locución “hacer tiempo” signifique entretenerse esperando que llegue el momento de algo, siempre he pensado que es una expresión afortunada para definir la escritura —al igual que todo quehacer artístico— como una ocupación que hace, construye y modela tiempo en el tiempo. O como un esfuerzo del ser humano para resarcirse de una estancia finita, breve, en la hostería del tiempo.

El cura cervantino reparó en ello, pero no lo supo entender:

—Mirad, hermano —tornó a decir el cura—, que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, por-

que todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores. Porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él”.

Quien escribe ficción y quien, más tarde, la lee, caminan, sin descanso, por esos vericuetos e intersticios que comunican tiempo verbal y tiempo real. Se trata de un viaje, generalmente inconsciente, que se produce de forma espontánea y natural. Uno no sabe cómo se produce ese instante de lúcida transformación, pero de pronto, determinadas circunstancias, unas históricas y literarias otras, se ponen, en forma de palabras, en relación con la propia ficción; los distintos tiempos en que esas circunstancias tuvieron lugar se concretan y delimitan en una nueva unidad en la que aquellos tiempos dan paso, inexorablemente, a uno nuevo. Y, tiempo en el tiempo, se produce una nueva estancia temporal, ya que si bien un mito o una leyenda participan de un tiempo muy difuso —el tiempo sin horas de los héroes y de los dioses—, la tragedia que la literatura moderna quiere contar es la del ser humano, que, harto de héroes que no le han traído más que desgracias, sólo desea ser mortal, para así tratar de vivir el tiempo de forma que el tiempo no haga de él un mero juguete. El empeño es más prometeico que inútil, como ya señaló Borges en un memorable poema: “Qué importa el tiempo sucesivo si en él hubo una plenitud, un éxtasis”.

Aunque Kundera llame a ese éxtasis sucedáneo de la eternidad, el ser humano persigue vivir ese instante y trata de que perdure, como perdura en el aire el olor de la hierba recién cortada.

He escrito sobre hechos imaginados en el pasado y también sobre cuestiones que, al parecer, son muy similares a las que acaecen hoy: el realismo o la novela histórica o la ficción ahistorical no son más que formas de ese sucedáneo de eternidad: los personajes y situaciones creados según uno u otro canon perdurarán en la medida en que, por extrañas afinidades analógicas, se asemejen a esa eternidad. En lo que a la escritura que los últimos años he practicado, me gusta distanciarme en el tiempo porque, distanciándome, puedo acercarme a mis días. El tiempo difuso es un saco más amplio y generoso —también más agradecido— para narrar el devenir, también difuso, de la condición humana.

Tiempo en el tiempo, pues, como cuando el venerable Birila del monasterio de Leyre se entretuvo tantos años escuchando el canto de un ruiseñor. La tradición del venerable Birila, conocida en

todas las culturas, recoge la excepcionalidad de ese momento, al que el escritor argentino Álvarez Murena llamó "relámpago de duración" y que deja en suspenso el propio tiempo, porque quien lo vive se sitúa, milagrosamente, fuera de él. La experiencia es hermosa pero inefable, y es inenarrable porque el hecho mismo de la palabra –su manifestación– es un hecho que sucede en el tiempo, no fuera de él.

Confrontemos por un momento el instante –un instante– y la infinita prolongación del tiempo, en el que no podemos imaginar un comienzo, porque éste supondría otro momento que le precede: ¿cuál de los dos se aproxima más a lo que comúnmente entendemos por infinito? Prefiero pensar que sólo desde el instante es posible concebir el infinito y que por eso el venerable Birila no podía explicar su experiencia. De haberlo hecho, hubiera estado en la privilegiada situación de poder desvelar qué es el infinito.

Si Stendhal nos confiesa que anhela ser leído un siglo más tarde, nos está diciendo que él, tan atento al transcurrir histórico, no escribía en función del tiempo histórico, sino en contra –más allá– de él: su meta era trascender el tiempo. Fue, quizás, el primero en formular explícitamente que una obra de arte no lo es porque contenga elementos que sintonicen con un tiempo histórico determinado, sino porque contiene elementos misteriosos que lo sitúan más allá de ese tiempo. Escribo "misteriosos" porque todavía nadie ha agotado ni agotará jamás la relación de los mecanismos por los que el distale de un caballero de triste figura que sale al mundo a deshacer los entuertos que en el mundo son, continúan conmoviendo, emocionando a lectores situados en las antípodas de aquel mundo y de aquella época. Los ensayos y estudios sobre Felipe II tratan de describir las diversas facetas de un personaje poderoso que fue pero no es. *El Quijote* fue, es y será: participa, desde su tiempo de ficción, de nuestro tiempo histórico porque vive en nosotros, y mañana vivirá también en tiempo presente en las vidas y vivencias de los lectores de Cervantes. □

JUSTO NAVARRO

"No entiendo el tiempo como un espacio que debe ser recorrido, sino como simultaneidad"

Creo que escribir una historia es un modo de recordar, aunque sea recordar algo que nunca hemos vivido. Siempre se narra en presente (alguien, desde su presente, dice: Érase una vez...), pero mirando hacia otro mundo, posible o

improbable, que está en el pasado, el presente o el futuro. En cualquiera de los tres casos, la operación de narrar me parece una operación de la memoria, incluso cuando el narrador se limite a enumerar una sucesión de hechos que estrictamente coinciden con el acto de narrar, como si el narrador fuera una cámara: inevitablemente lo que ve el narrador será visto con los mismos ojos que antes vieron otras cosas iguales o distintas, y el relato se irá construyendo sobre asociaciones con lo que ya fue visto o vivido en otro tiempo.

No entiendo el tiempo como un espacio que debe ser recorrido, desde un punto a otro punto, hacia adelante o hacia atrás, sino el tiempo como simultaneidad: como una de esas maquetas en las que se ven, sin techo, las habitaciones de una casa. Yo entiendo el tiempo como visión. Estoy pensando en el tiempo de los recuerdos, tal como recordamos en las conversaciones: un momento llama a otro momento que llama a otro momento que ocurrió hace diez años, antes de volver a lo que ha pasado hoy y, más allá, vislumbrar lo que deseamos para mañana. La voz de un narrador depende de cómo maneje este ir y venir por los años. La elipsis y otros reajustes espaciotemporales ejercidos en la sala de montaje cinematográfico (saltos, aceleraciones, ralentizaciones) siempre han sido rasgos del recordar, en voz alta o con los ojos cerrados. La literatura influyó en el cine, pero el cine influye sobre la literatura, que, a mi juicio, dispone de más agilidad que el cine para seguir los movimientos de la memoria.

Dar cuenta del tiempo es contar una transformación. Creo que una historia es siempre una sucesión de signos temporales marcados en los personajes y en las cosas: esos signos deben ser tan tangibles como el levantamiento gradual de un edificio o el oxidarse de una fruta en un plato. El tiempo son las cosas en su inagotable renovación y desaparición, y quizás por eso prefiero escribir de mi época, de lo que he vivido y de lo que estoy viviendo, y aprovechar lo que vivieron y me contaron otros, y aventurarme aún más atrás, como un arqueólogo. Escribir una novela se parece a recordar recuerdos que no deberían estar en nuestra cabeza. □

VALENTÍ PUIG

"El tiempo evita que las novelas sean únicamente una variable del caos"

El tiempo pasa en las novelas para hacernos comprender hasta que extremos llega la complejidad de la naturaleza humana, con sus virtudes y sus perversio-

PS EDITORIAL PERPETUO SOCORRO

NOVEDADES

J.R. LÓPEZ DE LA OSA (Coord.), Globalización e identidad. Cuestionamientos socioculturales e interrogantes éticos. Madrid 2001, 21 x 14 cm, 184pp., 2000 ptas.

Globalización es un término que está de moda, pero encierra una realidad tan compleja que resulta conflictiva, como observamos a diario. Hay movimientos con perspectiva y alcance global; pero frecuentemente entran en colisión con identidades étnicas, lingüísticas, culturales, nacionales... Sobre esto reflexionan los autores de este libro. Intentan clasificar el presente y anticipar el futuro, para que éste nos depare las menos sorpresas posibles.

CESPLAM, Equipo Misionero Redentista, Asambleas Familiares Cristianas. Vol II. Catequesis para adultos. I. El encuentro con Dios en el Antiguo Testamento:

a) Guía del Catequista, Madrid 2001, carpeta de 172 pp., 21 x 15,5 cm., 1270 ptas.

b) Guía de las Catequesis, Madrid 2001, carpeta de 124 pp., 21 x 15,5 cm., 850 ptas.

La Mision Popular continúa, sobre todo, con las "Asambleas Familiares Cristianas", que llegan a convertirse en Catequesis para adultos. En ellas se busca seguir creciendo en la maduración cristiana mediante el contacto directo y personal con la Sagrada Escritura. Es lo que pretenden estas dos carpetas, como Guía del catequista o animador de la asamblea, y como Guía de la catequesis, para cada uno de los participantes. Anteriormente ha sido publicado el Vol. 1. Catequesis Misioneras, Madrid 2000, 2ª de, carpeta de 214 pp, 21 x 15,5 cm., 1000ptas.

P.L. ARRÓNIZ, ¿Quién eres Tú, Jesús? Estudio y meditación sobre el Evangelio de Juan. Madrid 2001, 21 x 14,5 cm., 3000 ptas.

El evangelista Juan vive y transmite un Jesús humano y deslumbrante, cercano y trascendente, atractivo e inquietante, Juan es un testigo. Todo su Evangelio está enhebrado pro una pregunta provocativa. ¿Quién eres Tú, Jesús? A esta pregunta no se puede responder sino desde la experiencia. El autor asegura que a Jesús se le conoce mejor de rodillas que llenándose de palabras.

Calendario Bíblico-Litúrgico de bolsillo 2002 (Ciclo A), 12 x 8 cm., 32 pp., 85 ptas.

 **PS EDITORIAL
EL PERPETUO SOCORRO**
Covarrubias, 19.- 28010-MADRID
Tel.91445 51 26. Fax 91 445 51 27
E-mail: editorial-ps@planalfa.es

nes. Pasa el tiempo por una página de Tolstoi, de Thackeray o de Marcel Proust para algo distinto y a la vez no del todo ajeno a que el día a día y la Historia hagan tic-tac al fondo del gran pasillo de la vida, como esos relojes de caja que mantiene la calmada precisión del insomnio y permiten que lo pasado se transforme en nostalgia, esa otra forma de que las novelas alcancen un ritmo próximo a la perfección. Como en tantos otros casos, la novela inventa el tiempo para que todas las cosas no puedan ocurrir a la vez. El tiempo evita que las novelas sean únicamente una variable del caos.

El tiempo y la Historia también pasan por la novela como género y la llevan a flaquezas o a rotundidades. Los críticos observan que la omnisciencia es propia de la novela británica en la plenitud del Imperio: después de la Gran Guerra ya todo es incierto y quebradizo, para que aparezca el narrador a quien ya no puede uno creerse del todo, como muestra sobradamente Ford Madox Ford en *El buen soldado*. Por eso decía Henry James que hace falta mucha Historia para generar un poco de literatura.

Es así que el novelista dispone de ejem-

tos esplendorosos para acogerse a un ritmo cíclico de descripción, diálogo y acción. El buen escribir –dijo Scott Fitzgerald– es como nadar bajo el agua y contener el aliento. Eso ocurre de forma flagrante con los grandes novelistas, capaces de alcanzar la impersonalidad de quien deja de ver pasar el tiempo para sí mismo y contempla con serenidad como modela y transforma las vidas de los demás. Esa impersonalidad serena es la que da transparencia al estilo de Tolstoi. Es el triunfo de la madurez sobre el artificio. Como la vida, la novela es continuidad y cambio. La novela de aventuras, por ejemplo, contiene efectos simétricos y principios de construcción que conforman su caudal episódico. Cuando en la novela de caballerías dos personajes de relumbre coinciden al cabo de un tiempo es porque el narrador nos ha hecho saber de forma hábil que la corriente del tiempo no ha podido pararse. Es lo que se llama homogeneidad paracrónica. A la larga, es un *tour de force* de perspectiva, densidad e inmersión. En definitiva, el tiempo en las novelas es una ambición de realidad. Es algo que tiene que ver con el musgo que crece imperceptible y a la vez con el tic-tac indeclinable del reloj. □

Últimas obras

ANTÓN CASTRO

(Arteixo, A Coruña, 1963)

El álbum del solitario, Destino, Barcelona, 1999

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO (Langa, Ávila, 1930)

Un hombre en la raya, Seix Barral, Barcelona, 2000

ANJEL LERTXUNDI

(Orio, Guipúzcoa, 1948)

Los días de la cera, Alfaguara, Madrid, 2001

JUSTO NAVARRO

(Granada, 1953)

El alma del controlador aéreo, Anagrama, Barcelona, 2000

VALENTÍ PUIG (Palma, 1949)

Cien días del milenio, Península, Barcelona, 2001

novedades

Timothy RADCLIFFE,

Os llamo amigos

Entrevista con G. Goubert

140 páginas, 1.500 ptas.

Jesús ESPEJA PARDO

El ministerio en la Iglesia. Un cambio de perspectiva

226 págs., 2.200 ptas.

Esteban FERNÁNDEZ COVIAN (coord.)

Fray Coello de Portugal, arquitecto dominico

240 págs., ilust., 5.000 ptas.

José F. CASTAÑO,

Guía para abogados en las causas de nulidad matrimonial

140 págs., 1.500 ptas.

Timothy RADCLIFFE,

Una vida contemplativa

80 págs., 600 ptas.

Bernardo FUEYO,

Modos de orar de santo Domingo

170 págs., il., 2.000 ptas.

Editorial San Esteban

Apdo. 17 - 3708 Salamanca

Tel. 923 215 000 / 923 264 781 Fax: 923 265 480

E-mail: edit.sanesteban@retemail.es



Beato Enrique SUSÓN,

Autobiografía (Vita)

274 págs., 2.400 ptas.

Antonio OSUNA FERNÁNDEZ-LARGO,

Teoría de los derechos humanos

Conocer para practicar

256 págs., 2.400 ptas.

José Vicente NICLOS ALBARRACÍN,

Tres culturas, tres religiones.

Cristianos, judíos y musulmanes en el medievo hispano

366 págs., 3.000 ptas.

Jorge RIEZU,

Tiempos y temas

362 págs., 2.900 ptas.

Timothy RADCLIFFE,

El oso y la monja

3ª ed. ampliada, 170 págs., 1.500 ptas.

A. TORO PASCUA y J.J. VEGA BRET,

Catálogo del Fondo Juan Glz. Arintero

480 págs., 2.500 ptas